



LA VOCACION.

LA lámina que va al frente de este número de nuestro *Mentor*, representa una escena de familia, que nada tendría de particular si la experiencia no nos hubiese manifestado cuán profunda era la vocacion de ese niño que acaricia á su padre. ¡La vocacion! ¿no se encuentra animada por el soplo de Dios la criatura que apenas principia á pensar, fija su imaginacion en una carrera determinada, lanzándose á ella con resolucion é intrepidez? ¿es la fé la que sostiene al niño en su propósito, ó escucha alguna voz en el fondo de su alma que le dice cual es su porvenir y su ver-

dadero destino, haciéndole marchar impávido por un sendero que solo él conoce?..... La Providencia, sí, la Providencia nos recoje al nacer, nos acompaña en nuestro corto paseo por el camino de la vida, apartándonos de los malos pasos, y no nos abandona hasta que nos deja en la tumba. Los que yerran la senda que deben pisar; los que tropiezan, los que caen, en fin, ni oyen los consejos de la Providencia, ni hacen caso de mil incidentes, al parecer sin importancia, que harto demuestran que el hombre no vá solo, surcando en un débil esquiife el golfo de las pasiones.

Pero si Dios no abandona á sus criaturas, hay seres que se olvidan de él, confiados en el acaso ó en algun poder infernal. Sin luz, faltos de experiencia y sin guia, todos naufragan, queridos niños, si no es que el Criador del universo les tiende su generosa mano, sacándoles de las cenagosas aguas del vicio. ¡Oh! consultad vuestros sentimientos é inclinaciones antes de emprender una carrera, y ayudados de los consejos de vuestros padres ó tutores, entrad en ella con fé, seguros de que tendreis á vuestro lado una divinidad invisible que nunca habrá de abandonaros.

Recorría en 1841 el autor de estas líneas varias poblaciones del Portugal, y en Mora, ciudad célebre por su importancia en la antigüedad, conoció á un abogado de gran talento, que despues de brillar en el foro, se habia retirado á una quinta contigua á Mora. —Hijo de un carpintero, su destino era empuñar la sierra y el cepillo, como los habia empuñado su abuelo y los empuñaba su padre; pero una voz secreta le decia que habia nacido para desempeñar una tarea mas noble, librando á su familia de la pobreza.

Un dia, pues, presentóse en el taller de su padre, y con lágrimas en los ojos le dijo que jamás sería buen carpintero, aunque se afanase por aprender perfectamente este oficio. Patiño, que así se llamaba el artesano, preguntó á su hijo qué carrera quería emprender, y Diego se acordó de la abogacia, hablando con entusiasmo de tan noble profesion.

Pocos dias despues pasó el niño á Lisboa, y allí sabe Dios como residió varios años estudiando leyes. Lo cierto es que apenas se habia recibido de abogado, empezó á distinguirse, siendo mas adelante la mejor lumbrera del foro lisbonense. Rico, apreciado de cuantos le trataban, y colmado de honores, abandonó la carrera activa por el reposo, y en la época referida vivia con sus padres, que ya pisaban el borde del sepulcro.

Allí, sin embargo, daba consejos á cuantos le consultaban, y si alguno le pedia ayuda contra un enemigo suyo ó mas opulento ó mas afortunado, Patiño le defendia gratuitamente, poniéndose siempre al lado del menesteroso y desvalido.

El gobierno portugués habia tratado varias veces, segun nos dijeron en Mora, de atraerle á la capital con el fin de darle un empleo importante; pero el hijo del carpintero, tan sábio como modesto, jamás habia querido abandonar la tranquilidad del hogar doméstico por un puesto, si honorífico, lleno de sinsabores en tiempos revueltos y banderizos.

TENORIO.

LAS DOS COLEJIALAS.

(Véase nuestro anterior número.)

VIII.

Al día siguiente de la llegada á la quinta del hermano de Clara, se celebraba la fiesta del patrono de un pueblo inmediato, y se convino que irían á él en familia, como todos los años, para que no escitase sospechas su no acostumbrado apartamiento. Pusiéronse pues en camino, y al salir de la hacienda Luis miró alternativamente el árbol bajo el cual se habia sentado la vispera para descansar, y á Irene, que se puso tan encarnada como una amapola.

«Aquí he tenido el gusto de conocer á V., la dijo con imperceptible sonrisa, y el mismo objeto ocupaba nuestra atencion: V. pintaba estas hermosas ruinas feudales que yo contemplaba con un sentimiento mezclado de admiracion y de tristeza.... ¿Qué nombre llevan estos restos?

—Ninguno, respondió Irene algo repuesta de su turbacion; parece que ahí hubo un castillo de gran importancia, y como por lo regular la jente crédula se figura las cosas mas raras de estos antiguos castillos, yo sé una leyenda de esas que tanto gustan á mi amiga Clara.

—¡Una leyenda! dijo Luis, ruego á V. que la cuente, porque soy muy aficionado á todo lo que tiene algo de misterioso y extraordinario.»

Irene sin hacerse de rogar contó lo siguiente:

«En una época muy lejana, tan lejana que la tradicion popular ha olvidado completamente su fecha, el conde Godofredo de Aznar, partidario declarado de la dominacion navarra, fué sitiado en su castillo por los castellanos al mando de un célebre capitán. Muchas veces intentaron estos tomar la fortaleza por asalto; pero los sitiados eran tan valientes y se defendian con tanto vigor, que no pudieron lograrlo, y por espacio de muchas semanas se consumieron inútilmente bajo las murallas del gótico castillo, sin otro recreo que el de enterrar sus muertos.

«Un pasado, porque en todas partes hay traidores, puso en noticia del jefe castellano que los arqueros se hallaban faltos de pan, agua y flechas, por lo cual tendrían que rendirse dentro de poco. «No esperaré á esto, dijo el de Castilla, porque he jurado ahorcarlos á todos, y voy á escalar el castillo.» En efecto, á la mañana siguiente flotaba el estandarte de Castilla en grandes torres de madera que los soldados hacían rodar cubriéndose con sus broqueles.

—¡Qué simpleza! exclamó Ponciano con su aire de suficiencia: ¿por qué no se valían del cañón?

—Tenían muchas y poderosas razones para no hacerlo, respondió Luis, puesto que aun no se había inventado; pero prosiga V. señorita.

«Como los sitiadores esperaban ser recibidos no muy bien, hacían sus preparativos en grande; pero contra su esperanza, ni una flecha salió de las almenas, ni se oyó un grito de guerra, ni se vió en las murallas un soldado. La roja bandera del barón de Aznar, ajitada por la brisa de la mañana, parecía que se burlaba de las excesivas precauciones de los sitiadores, y el noble castillo permanecía impasible, silencioso y triste, como si el enemigo no hubiese formado en torno de sus espesos muros un ancho cinturón de hierro. Admirados los castellanos, juraron por su rey que los sitiados meditaban algún plan diabólico, y ninguno se atrevió á arrimar la primera escala. Permanecían pues indecisos sin saber qué hacer, cuando de pronto vieron salir del mismo recinto de la fortaleza una magnífica bandada de pájaros verdes y azules.

«¡Esa es la guarnición que se pone en salvo!» gritó un joven arquero.

—Bien podría ser, dijo el jefe que creía en los encantamientos, y mandó echar en el foso largas bigas para que sirviesen de puentes levadizos, los cuales estaban sujetos con fuertes cadenas. Derribada la puerta principal, el enemigo penetró en la fortaleza sin oposición; pero nada encontró con harto sentimiento suyo. Los soldados, las armas, los muebles de valor, los tesoros del castellano, el mismo castellano, todo había desaparecido como por magia.

«¡Ah! dijo el jefe de los sitiadores persignándose de miedo, lo temí al ver la bandada de pájaros!!!»

«Y la tradición, tan entendida como el guerrero de Castilla, continuó Irene sonriéndose, no pone en duda el hecho de la transformación, y un sábio anticuario, á quien debo la narración de esta leyenda, no está muy lejos de ser del mismo dictámen que la tradición.

—Y V. señorita, ¿qué piensa? preguntó Luis.

—Que es preciso ser capitán como el de la leyenda, ó anti-

cuario para creerlo, contestó la maligna doncella: sin embargo, no comprendo cómo se efectuó la súbita y completa desaparición que dejó á los castellanos con un palmo de narices, como se dice vulgarmente.

—Yo te lo explicaré, querida, dijo Clara; como todas las antiguas fortalezas feudales tienen subterráneos, sin duda por uno de ellos se escapó la guarnición, y el castellano, que no tenía trazas de ser brujo, probó simplemente que era tan prudente como valeroso. »

IX.

Apeáronse los viajeros á la entrada de una vasta pradera llena de jenté, y la familia avanzaba alegremente hácia el teatro de la fiesta, cuando Doña Leandra, que se habia quedado un poco detrás, fué á alcanzarla en un estado espantoso. Al pasar por junto á una laguna medio cenagosa, unos chicos la salpicaron de pies á cabeza, manchándola completamente de barro.

Cuando Ponciano la vió, dijo con enfado:

« ¿Y qué hacemos ahora? toda la canalla de la feria vá á perseguirnos con sus silbidos.

—Voy á sentarme al sol, á fin de secarme un poco: prosigan VV. el paseo, que yo me juntaré á la compañía muy pronto. »

Aquel suceso habia sido presenciado por varias personas hijas de Valencia que habian abandonado la ciudad para divertirse en una fiesta campestre. Irene se detuvo á comprar una bagatela, y un jóven se acercó á ella, diciéndola con mucha cortesania:

« Señorita, tal vez V. podrá decidir una apuesta que acabo de hacer con estas señoras.

—Si puedo, respondió Irene, estas señoras no podrán quejarse de mi buena voluntad.

—¡Pues bien! hé aquí el hecho. He apostado con mi prima Amalia Larrea que aquella mujer que se está secando al sol es una pagoda de la India que han traído para que la admiremos en la funcion que aquí se celebra. »

Irene conoció que sus mejillas ardian, y volvió la cabeza para ocultar su turbacion.

« Y yo, dijo riendo la linda valenciana, he apostado contra mi primo Fernando de Raya, que la pobre criatura de quien habla este, es tan solo un pato, y no muy nadador. »

—No sé de quien hablan VV., murmuró Irene, cuyos nervios se hallaban en revolucion, y que no se atrevió á confesar que era su madre.

—Aquella que está allá abajo, dijo el de la apuesta; ¿né la vé V.?

—No conozco á esa mujer, respondió Irene, ni puedo decir quien sea.»

Dichas estas palabras, continuó su camino, no sin oír á su criada criticar en baja voz su conducta; pero este no debía ser su único castigo. Clara y su hermano se hallaban en medio de un grupo de personas, y sufrían un interrogatorio en forma tocante á la pobre Doña Leandra. A las preguntas que le hacían, respondió Luis con altivez:

«Esa mujer, á pesar de su traje extravagante y sus ridículas maneras, es la mejor señora del mundo.

—¿Y podría V. decirnos, preguntó Fernando de Raya, quien es aquella jóven de vestido blanco que viene hácia nosotros?

—Es la hija de esa mujer que parece á VV. tan ridícula, respondió Luis con frialdad.

—¿Su hija? repitió el jóven admirado.

—¿Su hija? repitieron las damas mirándose las unas á las otras; sin duda se equivoca V.

—No me equivoco; la conozco muy bien.

—Oh! pues entonces es un mónstruo esa jóven; delante de nosotros acaba de renegar de su madre.

—Renegar de su madre! exclamó Clara juntando las manos.

—De los pies á la cabeza está llena de orgullo, dijo Luis, llevándose á su hermana.

Irene se acercó á ellos, pálida y ajitada. Rehusando con política el brazo que la ofreció Luis con notable frialdad, se suspendió al de Clara, y le dijo con voz alterada.

«En tu semblante conozco que lo sabes todo.... Pues bien, sí, es cierto que he cometido una accion tan mala.... Mira, riñeme, continuó llorando; lo merezco y te lo pido por favor.

—Tu corazon te riñe con mas energía que yo pudiera hacerlo, respondió Clara suspirando.

—¿Saben allá abajo quien soy?

—Lo saben!

—Y no ha dejado de causarles alguna estrañeza, dijo Luis.

—Lo concibo, caballero, replicó la jóven bajando humildemente la cabeza.

—Vamos, señorita, dijo el aristócrata con fingida sencillez, tenga V. valor. La vergüenza se pasa pronto!

—Es decir que V. cree, dijo Irene devorando sus lágrimas, que mañana volvería á renegar de mi madre?... Oh! caballero!..

—Perdóneme V. si mis palabras han sido duras, pues mis intenciones eran sanas.

—¿Para qué escusarse? replicó Irene tristemente; he descendido tanto que merezco todos los desprecios.

—Cálmate, cálmate, mi pobre Irene, decía Clara estrechando en sus manos las de la desolada jóven.

—Oh! murmuró con voz ahogada; el recuerdo de mi falta envenenará todos los días de mi vida.

—Pues bien! no llores ya; no me gustan las lágrimas, y tengo el corazón oprimido. La lección ha sido severa, pero por fortuna se ha acabado.»

X.

Doña Leandra iba á levantarse de la piedra en que estaba sentada, cuando vió que su hija corría hacia ella, y arrojándole los brazos al cuello, la abrazaba una y mil veces vertiendo lágrimas amargas.

—¿Qué tienes, hija mía? ¿Qué tienes? preguntó la buena mujer estrechando á Irene contra su corazón.

—Soy indigna del cariño que V. me profesa! exclamó la arrepentida jóven.

—¿Qué es lo que cantas?... indigna de mi cariño!... tú no sabes lo que es el corazón de una madre... Daría toda mi sangre por verte dichosa.... Pero ¿por qué lloras tan fuerte?

—¿Ha renegado V. de su madre alguna vez? preguntó Irene en medio de sus sollozos.

—No, respondió la mujer del pueblo perdiendo el color; el hijo que reniega de su madre merece el castigo del cielo.... Mas tú no has hecho eso, ¿es verdad?»

La cabeza de Irene cayó sin fuerza sobre el seno de su madre como una flor troncada por el viento. Doña Leandra se levantó con un movimiento nervioso, tomó á su hija en sus robustos brazos, y cubriéndola de besos y de lágrimas, la arrancó de la pradera, donde se celebraba la función, no tardando mucho toda la familia en dar la vuelta á la quinta.

XI.

Un mes después dos magníficos caballos cordobeses piafaban á la puerta de la hacienda de Ponciano, é Irene dijo con abatimiento:

«Si V. quisiera irse solo á su quinta, qué bondadoso sería!

—Imposible, respondió Luis de Tellez; me aburriría terriblemente.

—Yo si que voy á aburrirme! ¿qué quiere V. que me haga sin Clara? Si me la quita V. voy á caer de nuevo en mis defectos.... Con que ya vé V. que es preciso dejármela, caballero....

—No veo esa necesidad, replicó el doncel sonriéndose; en primer lugar, mis derechos son mejores que los vuestros, y en segundo, ¿quién sabe? también yo necesito que me reprendan.

—No tanto como yo, ya lo sabe V.

—Vamos, que de un mes á esta parte se ha hecho V. un angel.... ¿No es verdad, señora Doña Leandra?

—Sí, es un angelito de Dios, y ahora soy una madre muy dichosa.... Pero déjenos V. á la señorita Clara.

—No puedo, señora, dijo el jóven, y toda la familia se puso en camino. Al llegar á la salida de la quinta, exclamó Irene, designando con el dedo el árbol debajo del cual vió á Luis por primera vez:

«Hé aquí un árbol que yo cortaré de buena gana.

—Me opongo, saltó el de Tellez, porque uno de estos dias vendré á pintarlo, y pondré á V. en el cuadro con la peseta que me ofrecía!»

Las dos jóvenes se abrazaron derramando lágrimas. El caballero quitóse el sombrero sonriendo; Clara saludó con el pañuelo, y ambos desaparecieron entre los árboles de que se hallaba cubierto un caminito de travesía. Irene, sentada al pié de la encina, los vió subir una colina que argentaba la luna, y apoyando la cabeza en la mano, continuó llorando en silencio.

—Ven, Irene, la dijo su buena madre que tambien lloraba, ven y hablaremos juntas de la señorita Clara, lo cual aliviará tu pobre corazon.

—Ah! dijo Irene, una amiga como esta es mas preciosa que los diamantes y las perlas: yo habia hallado un tesoro y me lo arrebatan!... Jamás me consolaré de semejante pérdida.... ¡Que no fuéramos todavía colegialas!»

CIENCIAS Y NUEVOS DESCUBRIMIENTOS.

Delfines en las costas de Francia.—Costumbres de estos pescados.—Preparacion del aceite.—Del título de delfin.—Serpientes monstruosas.

En diciembre de 1841 las olas del mar arrojaron á las costas de Normandía, en el departamento del Sena inferior, una banda de delfines que encallaron en la playa, como sucede con frecuencia á los grandes peces, empujados por las ondas y abandonados repentinamente. Cuando se esparció por la costa la noticia de semejante aparicion, los habitantes de los pueblos inmediatos acudieron en gran número, y discutieron entre sí lo que harían con aquel regalo que les enviaba el Océano.

En otro tiempo no hubieran vacilado un momento, porque se comia el delfín ni mas ni menos que otros grandes cetáceos; pero hoy somos mas delicados y no nos gusta esa carne correa y ese tocino rancio propios de estos grandes animales marinos. Todo el partido que ahora se saca de ellos, es extraer el aceite que abunda en la grasa de que la naturaleza ha rodeado su cuerpo, como si hubiera querido hacerle insensible á la influencia de la temperatura; y este fué tambien el partido que se tomó con respecto á nuestros delfines, los cuales fueron vendidos á una casa del Havre de Gracia que se ocupa en extraer por medio del fuego la grasa de las ballenas, los cachalotes y otros cetáceos traídos por los buques que van todos los años á la pesca de estos grandes pescados.

Tambien se extrae el aceite de los pescados pequeños, tales como el arenque y la sardina; pero el producto que se saca de él no puede compararse, por lo que hace á la cantidad, con el que dan las ballenas y los cachalotes ó ballenatos.

El delfín es uno de los pescados que desde la antigüedad vienen escitando el interés de los naturalistas, primero por algunas singularidades de su estructura, y despues por el grado de inteligencia que posee, indicada por el gran desarrollo de su cerebro. Hasta hay naturalistas persuadidos de que se podría domesticar y enseñar en cierto modo al delfín, como se adiestra al caballo y sobre todo al perro; asercion que está apoyada en el rasgo del delfín que á la vista de todo Atenas se habia acostumbrado á recibir en su espalda á un niño que se divertia en nadar durante el verano en las aguas del Pireo, puerto de Atenas. El delfín se paseaba con el niño, segun los autores griegos, hasta engolfarse en alta mar, y despues lo traía á tierra.

En los tiempos modernos no se ha visto ningun pescado que sea amigo de los niños, ni en general de la especie humana; pero tambien es verdad que en nuestra época no se ha observado á los delfines, como lo hacian los antiguos y sobre todo los griegos con los que sureaban sus aguas. Es probable que la inteligencia de las especies animales, dotadas por la naturaleza de esta preciosa facultad, no se ha debilitado, y que si no estamos tan persuadidos de ello como lo estaban los griegos, sea por falta de observacion y experiencia.

Por lo demás, el delfín es un pez esencialmente social: así es que siguen en grandes bandadas á los buques, y jueguetean en torno de ellos, no sin que los pescadores, poco sensibles á los encantos de la vida social de los pescados, maldigan algunas veces á esas tropas de delfines que se ajitan en la mar, porque ahuyen-tan la pesca, arrojándose en medio de las bandadas de pequeños pescados y dispersándolos a lo lejos.

¿No es singular que antiguamente, como no dejareis de ha-

ber leído en alguna obra francesa, se llamase el delfín, cual si fuese un pescado de este nombre, al hijo del rey de Francia que debía subir al trono después de su padre? En ningún país del mundo, al menos que nosotros sepamos, se ha dado á los príncipes el nombre de un pescado, ni convertido en título honorífico una palabra que designa una especie del reino animal: ¿cómo pues los franceses han caído en este capricho que á fuerza de hábito cesó de chocar al buen sentido de la nación? Hé aquí lo que la historia nos dice acerca de esto:

La parte de Francia, próxima á la Savoya, costeadá por el Ródano y atravesada por el Iser, país montañoso pero que tiene llanuras en extremo fértiles, tenía en otro tiempo señores particulares, uno de los cuales por haber tomado por emblema ó por señal en su armadura la figura de un delfín, recibió también el nombre de este; porque el pueblo en los tiempos bárbaros aplicaba á los grandes personajes los moteles exteriores que llevaban y que podían servir para distinguirlos de otros personajes. Así es como un rey de Inglaterra que se distinguió en las Cruzadas y que llevaba un león en su escudo, obtuvo el nombre de Ricardo, Corazón de León, nombre que justificó cumplidamente por su valor en las batallas y en las desgracias del cautiverio. Así es también como un duque de Brandeburgo, que tal vez no era muy amable, fué conocido con el nombre de Alberto el Oso; pero ningún nombre de animal aplicado á los príncipes hizo la fortuna que el de delfín; porque no solamente el príncipe por quien el nombre fué introducido, lo conservó toda su vida, sino que lo transmitió á sus descendientes, con tal que reinasen, y además á todo el país sometido á su jurisdicción.

La provincia se llamó el Delfinado ó país de los delfines, y cuando al fin fué cedido el Delfinado por Humberto II á Carlos de Francia, nieto de Felipe de Valois, el hijo mayor del rey fué hecho señor del Delfinado, y desde entonces el heredero presunto de la corona ha llevado este título singular, hasta la revolución que estalló en Francia á fines del último siglo. En tiempo de la restauración se restableció por decreto del rey, y no ha cesado enteramente sino después de la revolución de 1830, que derribó á Carlos X para dar la corona á Luis Felipe de Orleans.

Pero volvamos á los pescados; hace muchos años que los periódicos extranjeros se ocuparon un poco de serpientes marinas de forma monstruosa, que decían haberse visto en alta mar sobre la superficie de las olas; si no nos engañamos, había Gacetas que les daban un cuarto de legua de largo, y no había razón para no alargarlas mas, porque era cosa de nunca acabar su espantoso aspecto y su forma gigantesca.

Seguramente que el mar debe contener animales monstruo-

sos y horribles, como lo acreditan las ballenas, verdaderos gigantes entre los animales marinos, sin que hayan faltado navegantes que algunas veces han tomado su espalda elevada sobre el nivel del Océano, por un islote, es decir, una isla pequeña, ó la cima de una montaña sub-marina. Sin embargo, por lo que concierne á las famosas serpientes marinas de tan desmesurada extensión con que se ha asustado la imaginación del vulgo, y de que se ha hablado mucho tiempo en los periódicos, algunos naturalistas presumen que los marinos pueden haberse engañado tomando por los movimientos de un solo animal enorme una comitiva ó procesion de delfines, los cuales siguiendo su costumbre, elevaban su espalda, jugando sobre el nivel del mar. Tal es en efecto el orden con que avanzan; se encorban y luego se lanzan con extremada ligereza, casi lo mismo que los reptiles terrestres, arrojando el agua por un respiradero, órgano colocado en lo alto de la cabeza, del mismo modo que las ballenas despiden el agua por las narices.

Lo que la estructura de este pescado tiene de particular es que sus dientes, aunque en gran número, encorbados hácia atrás, no le sirven para destrozar los animales marinos de que se apodera, sino que cuando mas los emplea para retener y enganchar, por decirlo así, su víctima para impedirla que se escape. No pudiendo pues destrozar ni masear su alimento, se vé obligado á tragarlo entero, de lo que resulta que en el delfín el estómago tiene un trabajo mucho mas fuerte que en otras especies animales cuya digestión se prepara por el destrozo y mascamiento de las sustancias alimenticias bajo los dientes de las quijadas. Así es que el delfín tiene su estómago organizado de un modo particular, como que se compone de muchas bolsas, colocadas una detrás de la otra, cada una de las cuales tendrá su función especial de suerte que despues de pasar por todas las bolsas y sufrir sucesivamente la operación de todas ellas, es cuando la sustancia que debe alimentar al animal puede suministrar como en otras especies el quilo necesario para el alimento de la vida. Y ved aquí, queridos niños, como la naturaleza varía hasta lo infinito los medios para llegar al mismo fin; el mantenimiento y propágacion de los seres animados.

UNA BUENA ESPECULACION.

Un jóven gaditano que acababa de heredar una suma respetable, quiso sacar partido de ella, y aunque nunca habia hecho el comercio, se figuró que le seria muy provechoso dirigirse con

mercancías españolas á los estados de Marruecos, trayendo de retorno algunas de este país.

Vivia á la sazón en Cádiz un armenio, establecido antes en Marruecos, y nuestro jóven le manifestó su proyecto, hablándole del género de mercancías que pensaba embarcar. El armenio, astuto y codicioso como lo son todos, conoció al momento con quien se las había y no le costó mucho trabajo disuadirle de que llevase los objetos que le había indicado.

« Todo esto, le dijo, abunda en el país á donde vá V. y no venderá nada: escoja V. cosas que no sean comunes, sombreros por ejemplo.

— ¡Sombreros! Jamás me habría ocurrido esportar este artículo.

— Yo sé que falta en este momento, y así la venta de un cargamento de sombreros es indudable; pero es preciso no divulgar la especie, sino comprar en secreto. Sobre todo, no diga V. á donde vá, porque otros imitarían á V. y cuando llegase en contraría muchos cargamentos que le harían mal tercio. »

El gaditano dió muchas gracias al armenio, y se ocupó sin descanso en su proyecto, comprando cuatro á cinco mil sombreros, que empaquetó sin tardanza alguna, embarcándose con su pacotilla.

El armenio por su parte no dejó de avisar á sus amigos que en tal buque iba una pacotilla de sombreros, los cuales adquirirían por nada luego que el propietario hubiese conocido la imposibilidad de deshacerse de ellos en un país donde no se llevan.

El novel comerciante llega á Salé, puerto del imperio marroquí, donde se hallaba el emperador Muley-Mohammed: desembarca su pacotilla y se establece en una tienda, esperando los compradores, que lo menos que pensaban era en presentarse: los transeúntes miraban con sonrisa aquella coleccion de sombreros, y se burlaban del mercader.

El emperador, que era hombre de talento, aunque déspota musulman, instruido del asunto por uno de sus oficiales, llamó á su presencia al novel traficante, y le dijo:

« Es preciso que seas un imbécil: ¿traer un cargamento de sombreros á un país donde no se usan?... ¿En qué piensas?

— Señor, hartó sé que he hecho un gran disparate; pero me han engañado: no teniendo conocimiento alguno comercial, consulté antes de salir de España á un armenio-marroquí, quien me ha burlado, haciéndome creer que la mejor mercancía que podía traer á este imperio era una pacotilla de sombreros.

— ¿Es un armenio el que te ha dado tan buen consejo?

— Un armenio establecido en Cádiz.

— ¿Cómo se llama?

—Fulano.»

El emperador le conocía, porque los armenios hacían entonces casi todo el comercio de Berbería.

«¡Y bien! ¿qué piensas hacer? preguntó al gaditano.

—Señor, reembargar mis sombreros y hacer rumbo para España, donde los venderé como pueda. Por bien librado que salga, siempre perderé la mitad de cuanto poseo.

—No, no hay que partir: quédate y vende tus sombreros.

—Señor, ni siquiera un comprador se ha presentado.

—Lo creo; pero ya se presentarán..... Te prohibo vender los sombreros á menos de cuatro zequies (unos 120 rs.): si vendes uno á precio mas bajo te mando ahorcar, ¿lo oyes?»

El español se prosterna, asegura que seguirá exactamente las órdenes del emperador, y vuelve á la tienda.

El mismo día se publicó un decreto mandando que todos los armenios llevasen sombrero, y previniendo que el que no lo tuviese á las veinte y cuatro horas de promulgado el decreto, sería empalado. Los armenios corren á la tienda en tropel, y se ponen furiosos al oír pedir cuatro zequies por un sombrero: el español no baja el precio; la orden es terminante, y es preciso comprar un sombrero: sueltan pues los cuatro zequies, y en tres días se vende toda la pacotilla, reuniendo el gaditano 15 ó 20,000 zequies que en manera alguna esperaba.

Lleno de alegría llega al palacio del emperador con un hermoso regalo, y le dá las mas expresivas y rendidas gracias.

«No quiero tu regalo, le dijo el príncipe, aunque sea costumbre del país; me contento con verte alegre.

—Señor, gracias á vuestras bondades, he hecho mi suerte, y me vuelvo á España.

—Todavía no; antes es necesario que rescates todos tus sombreros: vuelve á la tienda; pero acuérdate de que solo debes dar por cada sombrero media piastra: cuidado con pagar mas.»

El comerciante promete obediencia, y de nuevo se instala en su tienda: el mismo día se prohibió á los armenios no solo llevar sombrero sino tenerlo en casa: además prohibiéndose á todo el mundo, menos al mercader gaditano, comprarlos.

De este modo vuelven todos los sombreros á poder de su antiguo propietario.

Pero figuraos la sorpresa y la indignacion de los armenios al ofrecerles media piastra por lo que el día antes les habia costado cuatro zequies! Rabian, blasfeman, mas como no habia otro remedio, entregan el sombrero por la susodicha cantidad.

Cuando fué poseedor de toda la pacotilla, el gaditano volvió á palacio á dar las gracias al emperador, el cual le permitió partir, haciéndole además un regalito.

Ya en España, la venta de los sombreros rescatados por me-

dia piastra, le produjo una ganancia considerable, y esta operación, que debía arruinarle, labró su fortuna, haciéndole desistir para siempre de toda especulación comercial, y mucho menos de consultar á los armenios.

HISTORIA SAGRADA.

REINO DE ISRAEL.—REINO DE JUDA.

III.

Habiendo reconocido al verdadero Dios todo el pueblo, el profeta del Señor dijo:

«Apresad á los sacerdotes de Baal, y que no se escape ni uno.»

Conducidos al torrente de Cison, fueron arrojados á las olas.

Ahab contó á la reina Jezabel las acciones de Elias, y cómo habia dado muerte á todos los profetas: la reina se enfureció en gran manera, y envió un hombre para que dijese al profeta estas palabras:

«Que los dioses me traten con severidad si mañana á la misma hora no os hago perder la vida!»

Elias tuvo miedo y huyó, llegando á Bersabea en Judá. Cuando marchaba por el desierto, se sentó bajo un árbol y deseó la muerte.

Se arrojó al suelo y se durmió; un ángel del Señor le tocó, diciéndole:

«Levantaos y comed.»

Elias miró, y vió junto á su cabeza un pan cocido bajo la ceniza y un vaso lleno de agua. Despues de haber comido el profeta volvió á dormirse; pero el angel del Señor despertóle de nuevo diciéndole:

«Levantaos y comed, porque os queda mucho que andar.»

Habiéndose levantado Elias, cobró fuerzas tomando alimento en abundancia, y luego caminó por espacio de cuarenta dias y cuarenta noches hasta á Horeb, el monte de Dios.

Cuando llegó á este sitio se retiró al fondo de una caverna.

El Señor se le apareció y conduciéndolo al monte, le dijo:

«Vuélvete por el camino que has seguido en el desierto, y cuando hayas llegado á Damaseo consagrarás con el santo aceite á Hazael, para que sea rey de Siria. Tambien consagrarás

rey de Israel á Jehu, hijo de Namsi; y en fin, consagrarás á Elisea para que sea profeta en tu lugar.»

Elias partió, y despues de un largo viaje halló á Elisea que labraba la tierra con bueyes. El profeta le cubrió con su manto, y Elisea le dijo:

«Permitid que vaya á abrazar á mi padre y á mi madre, y volveré á buscaros.

Despues de esto, el nuevo profeta siguió á Elias.

IV.

Victoria de Israel.

Benadad, rey de Siria, reunió todo su ejército y fué á siti-
tiar á Samaria, acompañado de treinta y dos reyes que se le ha-
bian agregado.

Diputó enviados á Achab, rey de Israel, para intimarle que
le entregase sus riquezas y sus mujeres é hijos.

Achab consintió en este sacrificio; pero no contento Benadad,
pidió le permitiese escojer en la casa de los servidores del rey
de Israel todo lo que creyera convenirle, á cuya peticion no qui-
so acceder Achab.

«Que los dioses me traten con toda severidad, exclamó Be-
nadad, si no reduzco á polvo esta ciudad insolente!»

Dió orden de embestir al momento á Samaria, y comenzar los
preparativos del ataque.

En aquel momento, un profeta fué en busca de Achab y le
dijo:

«El Señor ha pronunciado estas palabras: ¿habeis visto esa
innumerable muchedumbre? pues bien, os la entregaré á fin de
que sepais que soy el único Dios Todopoderoso.»

El profeta manifestó luego al rey que el ejército enemigo se-
ría derrotado por los lacayos de los gobernadores de las provin-
cias. Achab les pasó revista, y vió eran doscientos treinta y dos,
al paso que el pueblo y los hijos de Israel subían á siete mil.

Salieron de la ciudad, teniendo á su cabeza á los lacayos de
los príncipes de las provincias.

Benadad se hallaba entonces en su tienda con los treinta y
dos reyes, sus aliados, los cuales, turbada su razon con frecuen-
tes libaciones, no se hallaban en estado de poder dar órdenes.
Cuando avisaron á Benadad que salia gente de Samaria, creyó
que iban á tratar de la paz.

Los lacayos de los príncipes de las provincias avanzaron, pues,
sin ser molestados, seguidos por todo el ejército.

Así pudieron sorprender á los enemigos, los cuales huyeron

espantados, dejando en el campo de batalla gran número de los suyos.

Entonces un profeta dijo al rey de Israel que debía hacerse fuerte, porque le anunció que sus enemigos volverían á atacarle al año siguiente.

En efecto, un año despues, los sirios volvieron en mayor número y mas fuertes que antes. El Señor concedió otra vez la victoria á las tropas de Israel, las cuales mataron en un dia cien mil enemigos.

Benadad huyó á la ciudad de Apha, y se retiró al sitio mas secreto de una habitacion, diciéndole sus servidores:

« Os hemos oido decir que los reyes de la casa de Israel son dulces y clementes; atémolosnos sacos al costado y cuerdas á nuestro cuello, dirijiéndonos en busca del rey de Israel: tal vez nos concedera la vida. »

Fueron así vestidos en señal de sumision, y se presentaron á Achab, á quien dijeron:

« Benadad, vuestro servidor, os pide la vida.

—Si vive todavía, respondió el rey, le trataré como si fuese mi hermano. »

Benadad se dirijió al campamento de Achab, el cual le hizo subir á su carro, y pronto formaron una liga que puso término á la guerra.

Uno de los hijos de los profetas dijo entonces á un compañero suyo:

« ¡ Hiérreme ! »

Y como este rehusase, añadió:

Porque no has querido oír la voz del Señor resistiéndote á herirme, luego que me dejes encontrarás un leon que te matará. »

Y efectivamente, sucedió lo que habia anunciado el profeta.

Habiendo hallado á otro hombre, tambien le dijo:

« ¡ Hiérreme ! »

Y el hombre le hirió en el rostro. En seguida el profeta cubrióse el semblante de polvo, á fin de que no le conocieran, y fué en busca del rey, al cual dijo:

« Porque habeis dejado escapar á un hombre digno de la muerte, vuestra vida responderá por la suya, y vuestro pueblo por el suyo. »

El rey de Israel dió la vuelta á su reino, sin hacer caso de lo que el profeta le habia dicho.